

Nathaniel Hawthorne  
WAKEFIELD

Nathaniel Hawthorne

# WAKEFIELD

Edición bilingüe

Ilustraciones de  
**Ana Juan**

Traducción de  
**María José Chuliá García**

**Nørdica**libros  
2011

Título original: *Wakefield*

© De las ilustraciones: Ana Juan

© De la traducción: María José Chuliá García

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 509 25 35

info@nordicalibros.com

Primera edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-92683-41-3

Depósito Legal:

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas EFCA

P.I. Las Monjas

Torrejón de Ardoz (Madrid)

Diseño de colección: Diego Moreno

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



**R**ECUERDO haber leído en algún viejo periódico o en alguna revista antigua una crónica que, relatada como si fuera real, contaba la historia de un hombre, de nombre Wakefield, que decidió marcharse a vivir lejos de su mujer una temporada larga. Contado de manera tan abstracta, este acontecimiento no resulta muy raro; y tampoco debe ser tildado de pícaro o disparatado, sin la adecuada aclaración de las circunstancias. Sin embargo, aunque lejos de ser el más grave, quizá presente el ejemplo de fechoría marital más insólito que se conozca. Y, por otra parte, nos

hallamos ante una monstruosidad tan digna de mención como cualquiera de las que aparecen en el catálogo de rarezas humanas. Este matrimonio residía en Londres. Fingiendo marcharse de viaje, el marido se fue a vivir justo a la calle contigua a su propio domicilio y permaneció allí más de veinte años, sin que ni su mujer ni sus amigos supiesen nada de él, y sin que pueda hallarse asomo de razón a su decisión de autodesterrarse. Durante todo aquel tiempo pudo contemplar su casa un día tras otro y vio con frecuencia a la afligida Sra. Wakefield. Finalmente, tras este paréntesis tan largo en su felicidad conyugal —cuando su muerte se daba ya por segura, con su herencia repartida, su nombre totalmente olvidado, y cuando su esposa se había resignado hacía mucho, mucho tiempo a su madura viudedad—, entró una noche por la puerta tan tranquilo, como si solo se



hubiera ausentado el día anterior, recuperando de nuevo su papel de amante esposo hasta la muerte.

A grandes rasgos, esto es todo lo que recuerdo. Y, aunque se trate de algo de la más pura originalidad, de un episodio sin precedentes y probablemente irreplicable, creo que es uno de esos incidentes que apela a la compasión generalizada de los hombres. Y a pesar de que la creencia colectiva sea que cualquiera podría hacer algo similar, cada uno en su fuero interno sabe que no sería capaz de perpetrar una locura de tal calibre. Este episodio ha sido objeto de mis reflexiones con bastante frecuencia, produciéndome siempre admiración; pero tengo la sensación de que la historia debe de ser cierta y he llegado a hacerme una idea del carácter de su protagonista. Cuando un asunto inquieta la mente de una manera tan contundente, el



tiempo que se invierte en pensar en él está bien empleado. Pero dejemos al lector que lo medite, si es eso por lo que opta; o si lo que prefiere es pasear a mi lado a lo largo de los veinte años que duró el capricho de Wakefield, sea bienvenido; y estoy seguro de que en la última frase, a modo de compendio y de cuidada conclusión, encontraremos una moraleja y un significado más profundo, aunque en nuestro periplo no consigamos hallarlos. La reflexión siempre termina siendo eficaz y cualquier acontecimiento sorprendente encierra invariablemente una moraleja.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Podemos crearnos nuestra propia idea con toda libertad y asignarle un nombre. Se hallaba en el ecuador de la vida. Sus afectos conyugales, que nunca fueron intensos, se habían apaciguado hasta convertirse en un sentimiento sereno y rutinario. De todos

los maridos, posiblemente este fuera el más constante, pues sufría una especie de aletargamiento que mantenía su corazón en reposo independientemente del asunto que tuviera entre manos. Era un intelectual, pero no de manera activa. Sus pensamientos se mantenían continuamente ocupados con largas y aburridas cavilaciones que carecían de objetivo o sencillamente de energía para alcanzar alguno. Sus pensamientos rara vez eran tan intensos como para transformarse en palabras. La imaginación, en el más puro significado del término, no formaba parte de los dones de Wakefield. Poseía un corazón frío, aunque no envilecido ni errante, y su mente nunca se dejaba provocar por pensamientos extravagantes u originalidad alguna que pudieran desconcertarlo. Así que, ¿quién podría haber imaginado que entre todos los autores de excentricidades nuestro amigo iba a acceder

al puesto más alto? Si hubiéramos preguntado a sus allegados si conocían a alguien en Londres a quien, con toda seguridad, consideraran incapaz de llevar a cabo algo por lo que pudiera ser recordado al día siguiente, estos habrían pensado en Wakefield. La única persona que podría haber albergado alguna duda habría sido su amantísima esposa. Ella, sin haber analizado su personalidad, era consciente en parte de un sosegado egoísmo que se había quedado anquilosado dentro de su inactiva mente, de una especie de vanidad —su atributo más molesto— un tanto peculiar, de una disposición a la astucia que rara vez había producido resultado positivo alguno, excepto el simple mantenimiento de secretos insignificantes que casi no merecía la pena desvelar, y, por último, de lo que ella llamaba «alguna pequeña excentricidad ocasional» que poseía el buen hombre. Puesto